

po español se llenó de enfermos, hasta el punto de que el duque de Alba se vió obligado á levantarlos. Oigamos á un testigo ocular: "Nosotros permanecemos en la ciudad hasta el lunes, con grande regocijo que hubiera sido colmado sin las grandes desgracias que presenciámos en el campamento del duque de Alba, desastres tan lastimosos que el corazón se partía de dolor; porque encontramos soldados en grandes pelotones, cada cual de su nación, mortalmente enfermos y echados en el lodo; otros, sentados sobre grandes piedras y con las piernas en el fango, heladas hasta las rodillas sin poderlas mover, pidiendo á gritos misericordia y que se les acabase de matar. En lo cual el duque de Guisa ejerció gran caridad, porque hizo llevar á más de sesenta al hospital y mandó que se les asistiera y se les curara; y á su ejemplo hicieron otro tanto los príncipes y señores, hasta el punto de que más de trescientos soldados se sacaron de aquel horrible estado, pero fué necesario cortarles las piernas, porque las tenían heladas y muertas," (1). De esta manera, el vencedor salvó algunos cientos de enfermos, en vez de dejarlos morir ó acabarlos de matar. Vamos á ver cómo un contemporáneo aprecia aquel deber de humanidad: "En medio de lo cual, el de Guisa añadió á su nombre, insigne ya por otras muchas acciones laudables, el timbre de aquella humanidad que hará inmortal su memoria," (2). Hé aquí un héroe declarado inmortal por haber hecho cuidar algunos enfermos. Que se comparen los sentimientos de nuestro siglo con los del XVI, y que se diga si no hay progreso en el orden moral lo mismo que en el orden material. La humanidad de los Franceses despues de alzado el sitio de Metz tuvo grandísima resonancia: "En el sitio de Theruana, próximos los Franceses á ser pasados á cuchillo, segun los usos de la guerra, se acordaron de gritar: "¡Comaradas, buena guerra, buena guerra! ¡Acordaos de la cortesía de Metz! Y de repente los Españoles caballerosos, que formaban la primera línea del asalto, salvaron á los soldados, señores y gentilhombres, sin hacerles daño alguno y les permitieron el rescate," (3).

Hay hombres en los cuales encarnan, por decirlo así, los más nobles instintos de la humanidad: uno de ellos, en el siglo XVI, fué Bayardo,

(1) *Memorias de VIEILLEVILLE*, en PETITOT, t. XXX, p. 233.
(2) DE SALIGNAC, *Sitio de Metz*, en PETITOT, t. XXXII, p. 389.
(3) BRANTOME, *Hombres célebres; Et Gran Guisa*.

el caballero sin miedo y sin mancilla. Un escritor francés, en un libro sobre la caballería, le compara á Sócrates (1). Bien se ve que es enaltecer demasiado al buen caballero; mas para apreciarle bien hay que tener en cuenta la época en que vivió y hay que recordar los excesos de la gendarmería francesa en las guerras de Italia. Bayardo brilla entre aquellos hombres, ébrios de sangre y de botín, con todas las virtudes que ordinariamente sólo se encuentran en los Romanos, la lealtad, la galantería, el desinterés, la magnanimidad: "Yo no me hice nunca, decía él, hombre de guerra para enriquecerme ni para morir rico, porque es muy difícil, dentro de la ley cristiana, seguir las armas y morir rico; me basta vivir como Dios manda y tener lo necesario," (2). Era un alma tan recta y tan cándida, que ni siquiera comprendía la traición; oigamos al biógrafo del buen caballero. Para vengarse de los Franceses quiso el papa apartar de ellos al duque de Ferrara, su aliado; esa traición hubiera puesto el ejército francés á merced del soberano pontífice. El mensajero que envió al duque era digno de aquella misión; se dejó ganar por aquel á quien debía sobornar, y se comprometió á envenenar á su amo. El duque de Ferrara anunció tan buena noticia á Bayardo, asegurándole que dentro de ocho días lo más tarde moriría el papa. El buen caballero, á quien jamás le habían pasado por la mente hechos semejantes, contestó: "¿Cómo eso? monseñor, ¿habéis hablado acaso con Dios?—No os cuideis de ello, le dijo el duque, pero así sucederá." Y acabó por confesar su proyecto. Oyendo lo cual el buen caballero, se santiguó más de diez veces, y mirando al duque, le dijo: "¡Eh, monseñor! yo no creería nunca que un príncipe tan gentil como sois consintiese en tan grande traición; y si lo supiese de cierto, os juro por mi alma que ántes que llegara la noche advertiría de ello al papa—¡Cómo! dijo el duque, él ha querido hacer otro tanto con nosotros dos.—No me importa, replicó el buen caballero; yo no consentiré nunca hacerle morir de esa manera." El duque se encogió de espaldas, y escupiendo al suelo, dijo estas palabras: "Cuerpo de Cristo, señor de Bayardo, ya quisiera yo haber dado muerte á todos mis enemigos de esa manera; pero ya

(1) DELECLUZE, *Roldan ó la Caballería*, t. I, p. 297.

(2) *Los Gestos del caballero BAYARDO*, por CHAMPIER, *Archieos curiosos*, t. II, p. 195.

que no lo encontráis bueno, quédese la cosa como está, que si Dios no pone remedio, ya nos arrepentiremos entrambos.—Sea lo que Dios quiera, dijo el buen caballero," (1).

La conducta de Bayardo, despues de la toma de Brescia, es bien conocida; pero es un deber para nosotros, que buscamos señales de humanidad en medio de los horrores de la guerra, referir aquel rasgo del buen caballero: herido en el asalto, fué trasladado á una casa cuyo dueño se había fugado, dejando á su mujer y sus dos hijas á merced del vencedor. La madre vino á echarse á los piés del caballero, y le dijo: "Noble señor, os ofrezco esta casa y todo lo que hay en ella, áun cuando sé que es vuestra por el derecho de la guerra; pero dignaos salvarme el honor y la vida y el de estas dos jóvenes que están ofrecidas en matrimonio." El buen caballero, que nunca tuvo mal pensamiento, la respondió: "Señora, yo no sé si podré salvarme de la herida que tengo; pero mientras que yo viva no se causará el menor disgusto ni á vos ni á vuestras hijas." Bayardo curó y se dispuso á marchar. La dama, á quien tenía derecho á pedir 12.000 ducados, sabiendo bien que no usaría de su derecho, le ofreció una cajita llena de ducados, rogándole que la aceptase como una muestra de agradecimiento. "El gentil caballero, que en toda su vida había hecho caso de las riquezas, se echó á reír; y despues dijo: "¡Señora! ¿cuántos ducados hay en esa cajá?" La pobre mujer, temiendo que se enojara por la pequeña cantidad, le contestó: "Monseñor, no hay más que 2.500 ducados, pero si no estais contento, añadiremos muchos más." Entonces la dijo: "¿Á fe mía, señora, que aunque me diérais 100.000 escudos no me complaceriais tanto como lo estoy por el agasajo que he recibido en esta casa y por el buen recibimiento que me habeis hecho, pudiendo asegurarnos que en cualquier paraje donde me halle y mientras Dios me dé vida tendréis un gentilhombre á vuestro servicio. Eu cuanto á vuestros ducados, no los quiero, recogedlos; toda mi vida he amado más á las gentes que á los escudos, y de ninguna manera penseis que me separo de esta casa ménos satisfecho que si esta ciudad estuviera á vuestra disposición y me la hubiéseis regalado." y como la dama insistiera, el buen caballero acep-

(1) *Historia del buen caballero sin miedo y sin mancilla*, en PETITOT, t. XV, p. 361-366.

tó: "Como querais, la dijo; acepto por daros gusto, pero traedme á vuestras dos hijas, porque quiero despedirme de ellas." Llegaron las jóvenes y se echaron á sus piés, pero en el acto las hizo alzar; en seguida la mayor de ellas le dijo: "Monseñor, estas dos pobres jóvenes, á quienes habeis dispensado el favor de salvarlas de toda injuria, viénes á daros la despedida y las más humildes gracias por la que han recibido de vuestra señoría; y no teniendo otro medio de pagárosla, rogarán siempre á Dios por vuestra salud." El buen caballero, dejando asomar las lágrimas al ver tanta dulzura y humildad en aquellas dos hermosas jóvenes, respondió: "Señoritas, haceis lo que yo debería hacer, daros gracias por el recibimiento y obsequios que me habeis dispensado, y por los que me creo tan obligado como estoy agradecido. Ya sabeis que las gentes de guerra no pueden ir cargadas de joyas para ofrecer á las damas; hoy siento mucho no estar bien provisto para haceros un presente como yo deseára; pero hé aquí á vuestra buena madre que me ha dado 2.500 ducados; os doy á cada una 1.000 como regalo de boda." Que quisieron que no, las puso los ducados en sus delantales, y dirigiéndose despues á la madre, la dijo: "Señora, yo tomaré estos 500 ducados para repartirlos en los conventos pobres de religiosas que han sido saqueados, cuyo cargo os encomiendo, porque mejor que nadie entenderéis dónde está la verdadera necesidad, y con esto os doy el último adios." Y la dama exclamó: "Flor de la caballería, á quien nadie se puede comparar, el bendito Salvador y Redentor Jesucristo os lo remunere en este mundo y en el otro," (1).

Bayardo era la flor de la caballería; esa era su gloria, pero es también la gloria de la civilización que procede de los Germanos y del cristianismo. Colocad al buen caballero en los más bellos tiempos de la Grecia ó de Roma, y la delicadeza de sentimientos que le distingue se hace imposible. Los espíritus más elevados y las almas más bellas tienen siempre algo del suelo donde nacen y de la sociedad en medio de la cual han vivido; se encuentran en ellos las virtudes dominantes, pero hasta cierto punto idealizadas. El buen caballero valía más que su siglo; pero también es un honor

(1) *Historia del buen caballero sin miedo y sin mancilla*, en PETITOT, t. XVI, p. 9-21.

para el siglo XVI el poder contar entre sus glorias las del *caballero sin miedo y sin mancha*.

§ II--Tendencias pacíficas.

N.º 1.—*Los humanistas.*

Dejemos el terreno de los hechos y pasemos al de la doctrina. Y por cierto que no son dos mundos aparte, como de ordinario se cree, sin que tengan nada de común la realidad por una parte y por otra los ensueños. La teoría no se separa nunca de los hechos á tal punto que no tenga raíz alguna en el suelo y que exista sólo en el aire; no sucede eso, porque eso no es posible; el ingenio más bizarro recibe su alimento intelectual en el medio ambiente en que Dios le ha colocado, y aún queriendo el utopista imaginar una sociedad perfecta, le sucede que no hace más que idealizar sentimientos é ideas que germinan ya en la humanidad. Al penetrar en el campo de los pensadores y de los poetas permaneceremos siempre en el siglo XVI, pero entraremos en una atmósfera más pura, como el viajero que sube á la cumbre de una montaña y ve á sus pies las nubes y las exhalaciones de la llanura desde la cual ha trepado: está más cerca del cielo, pero sus pies pisan todavía la tierra.

La guerra es siempre el ideal del siglo XVI. Una ruda ambición inspira á los príncipes que quieren dilatar sus fronteras á toda costa, y de ahí sus guerras incesantes. Los gentileshombres no conocían más fin de la existencia ni más ocupación que el pelear; todos, hasta las clases inferiores, estaban animados de aquel genio batallador, y de ahí que los ejércitos se reclutasen por abanderamientos voluntarios; pueblos enteros vivían, por decirlo así, de la profesión de las armas. En el día ha llegado á ser la paz una necesidad general y tan profunda, que, aún cuando estallan las guerras, son éstas de corta duración. Ya no tenemos casta guerrera; la nobleza se ha desertado de las banderas desde que la santa ley de la igualdad confiere los grados y el mando; por otra parte, el comercio y la industria, que hacen la ocupación de las masas, contribuye á que nuestros ejércitos dejen de existir sin la conscripción forzosa. La revolución es completa: ¿cuáles son sus causas?

La sociedad se ha convertido de militar que

era en comerciante é industrial; y como el trabajo es de suyo pacífico, acabará por extinguir la pasión destructora de la guerra. El comercio y la industria en el siglo XVI estaban en la infancia, y, sin embargo, los pensadores y los poetas reprueban ya la guerra y celebran la paz. Se vería uno tentado á creer que aquel movimiento pacífico procede del cristianismo: ¿no era llamado *Príncipe de la paz* aquel á quien los cristianos adoran como Hijo de Dios? Esa suposición es una de las mil ilusiones que se alimentan respecto de los tiempos pasados; nuestros propios sentimientos los atribuimos al cristianismo, y hacemos una religión pacífica por esencia, efecto de ser nosotros mismos esencialmente pacíficos (a). Se necesita colocar los hechos en lugar de las hipótesis. Oigamos á los hombres del siglo XVI, y veremos á los literatos del Renacimiento prodigando maldiciones contra la guerra y enalteciendo la paz como una ley de la especie humana, y veremos á los teólogos combatiendo á los humanistas y tratándolos de herejes con su caridad habitual. Las sectas protestantes rechazan la guerra, porque les parece que está en oposición con el Evangelio; pero su herejía es evidente. Los hombres de guerra tomarán también la palabra en ese grave debate, y encontraremos más humanidad en ellos, con haber visto de cerca los males de la guerra, que entre los teólogos de profesión, con tener siempre la caridad en los labios.

I.—*Morus.—Agripa.—Erasmus.*

Los hombres del Renacimiento todos son partidarios decididos de la paz y se distinguen por su humanitarismo. Sorprende esto á primera vista, porque la antigüedad, de quien son admiradores, era época de luchas permanentes, y los vencidos no tenían mucho que elogiar la humanidad de los vencedores. Para comprender el genio pacífico del Renacimiento hay que recordar los últimos trabajos de la filosofía antigua, y, sobre todo, el estoicismo; se necesita recordar la paz romana y el entu-

(a) ¿Y por qué somos ya esencialmente pacíficos? Las mismas maldiciones de los filósofos á la guerra, ¿dónde tienen su raíz y su más segura y amplia base? Todos los poetas y los filósofos de todas las edades y naciones han sido por lo general pacíficos. Pero en parte alguna y por nadie se ha sentado más sólida y hondamente la doctrina de la paz que en el Evangelio. Nadie más que él ha convertido la doctrina en sentimiento y la necesidad en amor. Sustener lo contrario es cerrar los ojos á la luz.—(N. del T.)

siasmo que inspiró á los grandes pensadores y poetas del imperio; son los sentimientos y las ideas de la antigüedad, en el momento en que va á pasar á una nueva era, los que inspiran á los humanistas del siglo XVI; hablan muy bien de la caridad cristiana, pero su libro santo más bien es Séneca que el Evangelio: y las invectivas de Juvenal contra los conquistadores les impresionan más que las palabras de amor de San Juan. Aquel movimiento es exclusivamente literario, y hé ahí por qué toman muy poco en cuenta las exigencias de la realidad.

Oigamos por de pronto á *Morus*, el primero de los utopistas: "Los Utopianos abominan la guerra como una cosa estúpidamente animal, á la que, sin embargo, se entrega el hombre con más frecuencia que ninguna otra especie de animales. Bien al contrario de lo que se acostumbra en las demás naciones, en Utopia nada es tan vergonzoso como el buscar la gloria en los campos de batalla; y los Utopianos solamente se envanecen de haber obrado como héroes cuando han vencido por el solo influjo de la razón, porque es la razón la que distingue al hombre de los animales," (1). Esos sentimientos pacíficos forman singular contraste con la índole guerrera del siglo XVI. *Morus* hace una viva crítica de la ambición desenfrenada é indiscreta de los príncipes de su tiempo: "Todo medio es bueno para ellos cuando se trata de conquistar nuevos reinos, y nada les detiene, ni el crimen ni la sangre. En cambio se ocupan muy poco de la buena administración de los Estados sometidos á su poder." Los Ucorianos tuvieron la dicha de ser gobernados por un rey conquistador; y ¿qué sucedió? "Que á todo momento era necesario enviar tropas á los países conquistados; que los ciudadanos estaban agobiados de impuestos, y que corría la sangre á mares para lisonjear la vanidad de un solo hombre. Los Ucorianos comprendieron que la gloria de su rey, á tal precio comprada, era una cosa bien tonta, y le suplicaron que eligiese entre su reino hereditario y sus conquistas: no conviene, le dijeron, que un gran pueblo esté gobernado por una mitad de rey, cuando ni aún para guarda de ganados le querría nadie, si estaba al servicio de otro amo," (2). ¿Es esto decir que sea necesario condenar toda especie de guerra? Esa sería la ver-

dadera utopía, es decir, el ideal irrealizable, y *Morus* no llega ahí. Los Utopianos hacen la guerra, pero sólo por motivos graves; no la emprenden más que para defender á su patria, ó para rechazar una invasión enemiga en las tierras de sus aliados, ó para librar del yugo de un tirano á un pueblo oprimido por el despotismo. Y en esto ya no consultan su interés, no ven más que el bien de la humanidad. *Morus* admite todavía otra causa legítima de guerra. "Los Utopianos envían colonias á los países incultos; si los colonos encuentran una nación que rechaza las leyes de Utopia, los arrojan de las tierras que quieren colonizar, hasta por la fuerza de las armas si es necesario. En sus principios, la guerra más justa es aquella que se hace á un pueblo que posee inmensos terrenos eriales y que prohíbe el uso de ellos á los que van á trabajar y á alimentarse según el derecho imprescriptible de la naturaleza," (1). Utopista y todo como es *Morus*, nunca se coloca fuera de las leyes de la sociedad. Si las naciones siguiesen sus máximas, quizá habría tantas guerras como ha habido bajo el gobierno de los reyes, pero serían guerras de civilización. Esto es lo que caracteriza la Utopía: todo se hace allí en interés de la humanidad. El siglo XVI estaba bien distante de ese ideal, pero el ideal era la expresión de las leyes que Dios ha dado al género humano: los intereses particulares deben ceder ante el interés universal. En ese orden de ideas, la guerra, tal como se hacía en el siglo XVI, se diferenciaba muy poco del bandolerismo. Esto mismo dice con una franqueza algo brutal un literato alemán, *Agripa de Nettesheim*: "La guerra no es otra cosa más que el homicidio y el bandolerismo en grande; los soldados son ladrones y asesinos á sueldo; es un hato de malvados siempre dispuestos á cometer todos los crímenes imaginables á la primera señal que se les dé; la guerra es la verdadera venganza de Satanás." Lo que más admira á nuestro rudo humanista es que cristianos y santos aprueben un oficio digno de caníbales; pero poco importa, dice, que San Agustín y San Bernardo fuesen de tal opinión, y ménos importa aún que los papas hayan hecho la guerra; para condenarla basta que Jesucristo y los apóstoles la reprobasen (2).

(1) *La Utopía* de TH. MORUS, lib. I y II.

(2) *Agrippa ab Nettesheim, de incertitudine et vanitate scientiarum*, c. LXXIX.

(1) *La Utopía* de TH. MORUS, lib. II (traduc. de STOUVENEL.)

(2) *La Utopía* de TH. MORUS, lib. I.

Agripa opone el espíritu cristiano al espíritu de la Iglesia católica. Un escritor más célebre, *Erasmus*, se colocó de lleno en ese orden de ideas. En otra parte hemos dicho (1) que el brillante humanista sobrepujo al cristianismo tradicional y a la Reforma misma. Si *Erasmus* es un precursor del siglo XVIII en la teología, se puede decir que es un contemporáneo de *Voltaire* en el derecho internacional. Permitámonos el placer de oír á un monje predicar la paz en nombre de la naturaleza del hombre y en nombre del Evangelio, contra los príncipes de su tiempo y contra los teólogos, no ménos guerreros que los reyes.

Erasmus dice de sí mismo que es el hombre de la paz (2), y la preconiza en toda ocasion, siendo el enemigo declarado de la guerra. ¿Dónde ha bebido esos sentimientos? Se remonta á la naturaleza del hombre, á su constitucion física, á su organizacion moral, y en todas partes halla pruebas de su destino pacífico: "No hay más que mirar al hombre para convencerse de que no ha nacido para las luchas sangrientas. ¿Dónde están sus armas, ni de ataque ni de defensa? Dios se las ha dado á todos los animales; el hombre sólo nace débil, desarmado é impotente; sus facciones, su mirada, su continente, todo denota en él que el Creador le ha formado para la benevolencia y la paz y no para la discordia y la guerra. El hombre es sociable hasta el punto de que sucumbiría en la soledad, y está dotado de facultades que sólo pueden desarrollarse en medio de los ocios de la paz." La guerra es, por consiguiente, un estado contra naturaleza: "¿Qué mal genio, qué furia ha podido excitar á seres que nacieron para amarse á que se despedacen como bestias feroces?" (3). *Erasmus* no responde á esta pregunta, y era necesario que respondiera; porque si hay en el hombre un principio de benevolencia y de paz, hay también en toda la naturaleza un elemento de discordia y de guerra. Bajo el punto de vista filosófico, la demostracion de *Erasmus* es incompleta; y esto es tan cierto, que los fanáticos partidarios de la guerra invocan también la naturaleza en apoyo de su doctrina. De una y otra parte hay exageracion; para ser verdadera, toda teoría debe tomar en cuenta todos los elementos de la naturaleza humana.

(1) Véase la parte octava de mis *Estudios*.

(2) *ERASMI Colloq. famil.* (Op. t. I, p. 523).

(3) *ERASMI Adagiorum*, t. I, 1 (Op., t. II, p. 951, 952).

Erasmus está más en lo cierto cuando sostiene que la guerra está en oposicion con el cristianismo evangélico: "El Cristo dice y repite que su enseñanza se reasume en la caridad; y ¿qué cosa hay más contraria á la caridad que la guerra? Jesucristo dice más: quiere que todos los hombres sean uno en Dios; y ¿cómo podrían ser uno, si están divididos hasta el punto de matarse reciprocamente? La doctrina evangélica no deja á los hombres motivo alguno para justificar ó excusar, al ménos, sus sangrientas discordias. Son las malas pasiones las que encienden las guerras, la codicia, la ambicion, la venganza; y aun dando de barato que sea la reivindicacion de un derecho, ¿no nos dice Cristo que el cristiano perfecto no debe reclamar en juicio su derecho, y que á la injuria debe responder con la abnegacion?" Es inútil insistir: los que toman el cristianismo por lo serio deben rechazar la guerra lo mismo que los pleitos: "Si el cristianismo no es más que una vana palabra, ¿por qué no le rechazamos? Y si es, por el contrario, el camino de la verdad y la vida, ¿por qué no le practicamos?" (1).

Sabidos son los subterfugios con que los ortodoxos procuran eludir la dificultad. Nosotros, que no estamos ligados por la pretendida palabra divina, respondemos que la ley evangélica no se ha practicado porque no es practicable, y es impracticable porque su ideal es falso (a). La naturaleza de las cosas se ha sobrepuesto á la perfeccion evangélica. Pero ¿se puede decir como dice *Erasmus*, que el cristianismo no es más que una palabra ó una apariencia? ¡Cómo! ¡Hé aquí pueblos y príncipes que se llaman cristianos y están en guerra permanente! Se trata de parricida á aquel que mata á su padre: ¿pues no está atado el cristiano al cristiano por lazos mil veces más fuertes que la sangre? ¿Ó se colocará la naturaleza por cima de Cristo? (2). Los ortodoxos se defendían, bien ó mal, unos invocando la ley antigua, otros citando los Santos Padres ó apoyándose en la autoridad de los

(1) *ERASMI Adagiorum*, IV, 1 (Op. t. II, p. 959, 960, 970:—*Querela Pacis* (Op., t. IV, p. 630.)

(a) Tenemos por estrecho y pobre el criterio en esta parte de *Laurent*. *Edgard Quinet* ha visto más alto y más claro al afirmar, como nosotros creemos, que el ideal cristiano, no sólo es practicable, sino que se va practicando conforme se va desenvolviendo, conforme el espíritu de Dios va encarnando en la humanidad. ¿Quién conoce el límite de su perfeccionamiento? ¿Quién se lo puede poner á su progreso? *Laurent* incurre, por rebajar el cristianismo en unas partes y declararle aquí sobrehumano é irrealizable, en contradiccion palmaria.—(N. del T.)

(2) *ERASMI Adagiorum*, IV, 1, 1 (Op., t. II, p. 959:—*Panegyricus ad Philippum* (Op., t. IV, p. 608.)

papas. Malas razones, dice *Erasmus*: "¿Estamos aún bajo la ley de Moises? Entonces practicábamos la circuncision y la poligamia. En cuanto á los Santos Padres y á los soberanos pontífices, son hombres y han podido engañarse, mientras que la palabra de Dios es infalible." (1). Los ortodoxos estaban lejos del Evangelio en el siglo XVI: había obispos, y ¡qué digo obispos! hasta el vicario de Cristo se veía armado de casco y espada en los campamentos y en los asaltos. ¿Qué extraño es que los monjes siguieran el ejemplo? De ahí el espectáculo odioso y grotesco á la vez de ver á los ungidos del Señor predicando la guerra en las cátedras de paz. *Erasmus* se indigna unas veces y se rie otras: "En Inglaterra, dice, truenan contra los Franceses, y en Francia contra los Ingleses; de ambas partes prometen la victoria en nombre de Cristo. ¡Hé aquí, pues, á Jesucristo armado contra sí mismo! ¿No parece que son titiriteros en una feria?" (2).

Presentamos aquí al pié de la letra el espíritu que anima al humanista del siglo XVI. *Luciano* no hubiera tratado á los monjes con más desprecio, y *Voltaire* no habla con más desden de los héroes y de sus satélites. Al decir que los reyes no piensan más que en pelear, según *Erasmus* no se diferencia de los piratas sino en que aquéllos hacen más mal al género humano por lo mismo que son más poderosos. Ni los nombres de César y de Alejandro le imponen y los trata de grandes bandoleros (3). Sus invectivas contra los soldados mercenarios no se agotan nunca: "La sangre nos causa tal horror, dice, que pagamos y afrentamos al verdugo, á un cuando desempeñe un ministerio social: ¿por qué inconcebible contradiccion admiramos á los vagamundos que arriendan sus brazos para matar, para saquear y robar? Y cuanto más coraje y arte ponen en el desempeño de tan bello oficio más les estimamos (4). ¡Magnífico arte el de quemar las casas, destruir los templos, violar las religiones, robar á los desdichados y matar á los inocentes!" (5).

(1) *ERASMI Adagiorum*, IV, 1, 1 (Op., t. II, p. 963, 964:—*Institutio principis christiani*, c. XI (Op., t. IV, p. 608.)

(2) *ERASMI Pacis Querimonia* (t. IV, p. 634:—*Institutio principis christiani* (ib., p. 610):—*Colloquia familiaria* (t. I, p. 823).

(3) *ERASMI Adagiorum*, I, 3, 1 (t. II, p. 116):—*Ib.*, 3, 1 (Ib., página 778).

(4) *ERASMI Adagiorum*, IV, 1, 1 (t. II, p. 962).

(5) *ERASMI Colloquia familiaria* (t. I, p. 642).

Las máximas de *Erasmus* llevadas al extremo conducían á declarar ilegítima toda guerra, lo cual en el siglo XVI era casi una revolucion contra el orden social; y de ello se acusó al célebre humanista, el cual declaró que la guerra era una especie de justicia contra aquellos de quienes no se podía obtener satisfaccion por otros medios (1). Pero rodeó esa declaracion de tantas restricciones, que no se puede saber qué guerra sería justa si se apreciaban los hechos históricos bajo su punto de vista: "¿De dónde provienen las guerras? dice *Erasmus*: de la ambicion de los príncipes, que piensan y obran como si el mundo estuviera hecho para ellos." Los compara á aves de rapiña cuya existencia no tiene más que un fin, el de sorprender y devorar los animales más débiles que ellos. "No hay vínculo que los pueda unir; parentesco, alianza, tratados, son entre ellos gérmenes de division, de odio y de guerra, en vez de ser prendas de amistad; y cuando invocan el derecho se puede estar seguro que es para encubrir una injusticia. Por lo general, sus guerras tienen causas tan frívolas, que hasta es vergonzoso el referirlas y bien podrían reducirse todas á una sola, el deseo de dilatar sus fronteras." (2). *Erasmus* condena toda conquista; cada pueblo tiene sus límites, generalmente indicados por la naturaleza, como son el mar, las montañas ó los rios; y no se lícito á los reyes traspasarlos, como no lo es á los particulares el invadir las propiedades de sus vecinos (3). ¿Qué guerra será entonces legítima? "Quizá la que se sostiene por su patria, responde el partidario de la paz á toda costa." Si la guerra es legítima cuando se trata de defender la independencia nacional, ¿por qué no lo sería la guerra ofensiva cuando se trata de sostener su derecho? *Erasmus* no se atreve á negar la legitimidad de las armas cuando se emplean en servicio de la justicia; pero sostiene que con las guerras sucede lo que con los pleitos: los ciudadanos que más convencidos están de su derecho renuncian muchas veces á él, porque si pleitean serán mayores los gastos que el valor de lo litigado. ¿No sucederá lo mismo con la mayor parte de las guerras? (4).

(1) *ERASMI Consultatio de bello turcico* (Op., t. I, p. 354).

(2) *ERASMI Colloquia* (t. I, p. 633:—*Adagiorum*, III, 7, 1; 3, 1 (t. II, p. 871, 872, 873, 775):—*Pacis Querimonia* (t. IV, p. 633).

(3) *ERASMI Adagiorum*, II, 5, 1 (Op., t. II, p. 552).

(4) *ERASMI Adagiorum*, IV, 1, 1 (Op., t. II, p. 965, 966).